

# Cuerpo y placer en el Mediterráneo

Cuando oímos la expresión *civilización mediterránea* —aunque a veces no entendamos con precisión lo que quiere decir, o sepamos que significa muchas cosas— vemos invariablemente una imagen: un paisaje de pinos, mar, sol y montes bajos con retama. Y al lado un pueblo blanco, con restos cercanos de algún templo o villa pretéritos, y gente despaciosa e indolente. La mujer que labora sosegada y el hombre que, largos ratos, nada hace. Esta imagen sensitiva, que recorta y achica el espacio mediterráneo, atina, sobre todo, en su fondo, con dos valores esenciales a los que llamaré *signos* para apartarlos del mero concepto de palabra. *Cuerpo y placer* (parte de lo que subyace en la imagen dicha) no son términos tan sólo, sino conceptos, varas rectoras de un comportamiento y una visión del mundo, es decir, esos signos de una civilización, entre nosotros, la mediterránea: una cultura brotada en Grecia —con todas sus variantes— continuada en Roma, y en la comunidad lingüística de la Romania, y todo ello salpimentado, desde siempre, con toques orientales. Pues si parte del Mediterráneo es hoy islámica, también los fenicios —y hasta los bizantinos— tuvieron mucho de Oriente. En ese somero concepto ¿qué es *cuerpo* y qué, *placer*?

El cuerpo es el instrumento del placer, pero ambos van más allá de sí mismos. El cuerpo es también una metáfora del placer, y el placer es una elevación del cuerpo. Cuerpo es agrado por la fisicidad inteligente, por las redes de los sentidos, por el psiquismo táctil, visible. El cuerpo no es un territorio plano, ni menos el mero sentido de estercolero en que, a menudo, lo quieren confinar los puritanos y a donde, prácticamente, lo relegó la Iglesia. El cuerpo es humanismo, y conlleva inteligencia y armonía. Cuerpo es, por tanto, el signo del hombre. Y el placer es la vibración y la realización de ese cuerpo, la fisicidad suma o la inteligencia extremada. Placer es un sentido de la vida, una manera —pacífica, sabia— de contemplar a los hombres y el curso del mundo.

¿En qué rasgos se definiría pues una civilización que, en sus momentos mejores, ha apostado por el placer y el cuerpo? Habrá de ser, ante todo, hedonista. Juzgar que el bienestar y la delicia —palabras polisémicas, generosas— son siempre ideales nobles. Buscar el ocio, y preferentemente lo que los griegos denominaron *σχολή* los latinos tradujeron en *schola* que es el ocio consagrado al estudio u ocio fértil. Pero que, dando sólo un poco más de vuelo a la palabra, llega a ser ocio contemplativo. Un apetito, después, por la belleza física, cuya cima reside en ser imagen inicial o inaugural de la inteligencia. Y finalmente un sentido íntimo (no pocas veces en liza con la inteligencia) de tolerancia moral, de apertura —aunque fuese irónica, benévola— a la diferencia humana. Todo lo cual puede conllevar —cuando el individuo ve acercarse el arrabal de senectud— la melancolía. Evidentemente hedonista, la cultura mediterránea tiene que ser elegiaca, en un momento dado, porque la juventud física del hombre es breve, y porque el pla-

cer —aunque se procure y varie se ve de continuo asediado por tantas razones como en la vida —y sobre todo en su discurrir— están en su contra. Veamos un ejemplo *mediterráneo* muy antiguo.

Los alejandrinos consideraron a Mimnermo de Colofón (que en realidad habría nacido en Esmirna, en Jonia) como el precursor de la elegía erótica alejandrina, antecedente inmediata de la famosa elegía romana de Propertio o Tibulo. Mimnermo habría tenido su *floruit* hacia el año 630 a. de C., en los tiempos de la 37 Olimpiada —un mundo puro en medio de guerras y sociedades aristocráticas— y fué llamado por Calímaco (el gran poeta y erudito alejandrino) γλυχύς, dulce, mientras el epigramatista Posidipo le denomina φιλέραστος, amoroso.

Mimnermo escribió una suerte de epopeya sobre su ciudad, *La Esmirneida*, de la que nos quedan escasísimos fragmentos, pero frente a este poeta mitológico y de hechos heroicos, destaca el autor de un libro de poemas elegíacos llamado *Nanno*, del nombre propio de la flautista que le acompañaba y que la tradición juzga su amante. Igual que las obras de Teognis se dirigen siempre al joven Cirno (a veces admonitoriamente, para enseñarle) las de Mimnermo se dirigen a Nanno. Mimnermo, que era oriental —su nombre no es griego— canta siempre el hechizo de la juventud y su cortejo de placeres, y los mil daños que la inclemente vejez acarrea. En un estilo suave, decadente, que se deja llevar por ese continuo sentimiento de gozo y melancolía, invita al amor y afirma que después de la edad florida nada existe. Es considerado, pues, como un poeta molicioso, y como un característico representante de la φιλήδονος/βίος, o vida de placer. Convengamos en que este fragmento —aunque seiscientos años anterior a Jesucristo— sigue estando en el meollo de nuestro sentimiento cultural:

¿Qué vida, qué placer existe sin la dorada Afrodita? Ojalá muera yo cuando ya no me importe la unión amorosa en secreto, ni los dulces dones de la diosa, ni el lecho, que son las más amables flores de la juventud para los hombres y las mujeres; pues cuando llega la hora de la dolorosa vejez, que hace deformar incluso al hombre hermoso, siempre le rondan el corazón tristes inquietudes y ya no se regocija contemplando los rayos del sol, sino que es motivo de odio para los jóvenes y de desprecio para las mujeres: tan triste hizo la vejez la divinidad.

Imagino a Mimnermo —que al parecer llegó a viejo, cuando según él ya no le querían ni chicos ni chicas— como un hombre moreno, y muy dado a la contemplación. Gustador de la belleza y de los sentidos, se percataba de la trágica cortedad de todo y de cómo el paso de los días resta capacidad de sorpresa y entusiasmo, y así en ese contemplador estado que se percata de la fugacidad de la estación y el año, comprendió que la juventud siendo efímera es eterna.

Llegando a mi casa he visto a un grupo de muchachos a la puerta de un Instituto: largas las cabelleras, desprevenidos, alegre el gesto, parecían navegar insensible —e insensatamente— airosos delfines, y siempre en la punta espumosa de la ola —alegres, volátiles, haciendo intrascendentes y apasionados planes para enseguida— creer, sin pensarlo, que ahí en ese cimero equilibrio iban a permanecer durando, y que no habría pues playa que aguardase esa ola suya vistosa y turbia. Los vi quebradizos y eternos, y supe —pensando en Mimnermo— que su gracia estaba en su ignorancia y su poder en su belleza y en su presente omnímodo. *Y tan pronto como es transpuesto ese término de la juventud* —dice Mimnermo en un momento de su segundo fragmento— *es preferi-*

*ble la muerte a la vida* ¿No lo hemos pensado en algún punto? Buscando afanoso el placer y la belleza —incluso en aquel remoto y azul orbe auroral— Mimnermo se percataría de que algo falla en el mundo, que está mal hecho, y la melancolía le haría intensificar el gusto por la quietud y por los goces hedónicos de lo bello.

Unos cuarenta años más joven que Mimnermo, si de placer hablamos —y en uno de sus aspectos placer puede ser arrebató— debemos referirnos a Safo de Lesbos, la gran poetisa del amor, creadora o plasmadora de un mundo refinado, ritual, exquisito, de trazos finos y voces encendidas donde la elegancia condice con una sencillez depurada y extrema. La isla de Lesbos —frente a las costas de Lidia— creó una cultura aristocrática en la que se dejaba sentir —como gusto por el lujo y las cosas suntuarias— una evidente influencia oriental. Entregados los hombres rectores a pendencias políticas (recuérdese a Alceo, el poeta, tan amigo de Safo) las mujeres quedaban aparte, como en tantos otros lugares de Grecia, pero aquí en Lesbos, en Mitilene, con una especial libertad para reunirse, estar juntas, y dedicarse a la par a la poesía y a alguna suerte de culto real —que no conocemos del todo— a la Luna y a las deidades (Artemis o Afrodita) que la rondan en significado ¿Quién era Safo? ¿Algo así como la directora de un pensionado para señoritas, como quiso el gran filólogo Wilamowitz-Möllendorf? ¿O la regidora o mayor sacerdotisa de un núcleo de adeptas a divinidades femeninas, relacionadas con el amor y la floración? En cualquier caso el grupo sáfico era un orbe de ocio, de cultivo de ideales de contemplación y belleza, donde surgía el amor entre las reunidas. Vemos —sensualmente— pasiones de finísima línea, veladas lunares junto al mar, sesiones poéticas y de ternura, vestidos dorados traídos de Sardes —muy livianos— campos florecidos en primavera y muchachas que pasean por ellos. Naves blancas en un mar azul, y chicas de pechos recientes que se dicen adiós. Una pequeña lira abandonada en un cuarto muy sencillo, de muebles elementales y túnicas albas. Baños nocturnos en días dedicados a Selene. Sueños con novios inminentes y evocaciones de un mundo de guerreros fastuosos. Cielos estrellados y flores en el pelo y junto al banquete. Bailes reposados entre dos muchachas que después se besan. Y el amor. Siempre el amor. Los poemas de Safo —a los que la fragmentariedad de su conservación ha prestado un *no acabado* muy contemporáneo— cultivan principalmente la pasión de Afrodita. Algunos fragmentos —sugeridores— son bellísimos (la traducción es de Carlos García Gual).

Me enamoré de tí, Attis, hace tiempo. Entonces...  
me parecías una muchacha pequeña y sin gracia...

○ este otro:

Eros de nuevo, embriagador me arrastra,  
dulciamarga, irresistible bestezuela.

Amor y ocio. Pero como Safo era indudablemente una apasionada, no sabemos si uno era más placer que otro. Para Safo el amor —y su pasión— son un sentido del mundo ¿Cómo vivir sin su arrebató? Se diría que el tiempo no cuenta, que no hay después, y que, viejos incluso, el amor debe ser nuestra mejor ocupación. Por eso —por ese delirar precioso, por ese juego de celos, nostalgia y pasión— Safo es la autora del primer gran poema sobre los efectos del amor, aquel que luego imitaría Catulo.